

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

NUNCA NUNCA

COLLEEN
HOOVER

Y TARRYN FISHER

booket

Colleen Hoover
Tarryn Fisher
Nunca nunca

Traducción de Iria Rebolo



1

Charlie

Un golpe. Los libros caen en el suelo de linóleo moteado. Recorren unos metros dando vueltas y se paran junto a unos pies. *Mis* pies. No reconozco las sandalias negras, ni las uñas pintadas de rojo, pero se mueven cuando se lo ordeno, así que deben de ser míos. ¿No?

Suena un timbre. Estridente.

Doy un respingo. Mi corazón se acelera. Muevo los ojos de izquierda a derecha mientras observo a mi alrededor, intentando no delatarme.

«¿Qué clase de timbre ha sido? ¿Dónde estoy?»

Unos chicos con mochilas entran a toda prisa en la habitación, hablando y riendo. «Un timbre de colegio.» Se deslizan en sus pupitres, sus voces compiten en volumen. Veo movimiento a mis pies y me revuelvo por la sorpresa. Alguien se ha agachado y está recogiendo los libros del suelo: es una chica con la cara sonrojada y gafas. Antes de levantarse, me mira con algo parecido al miedo y se marcha corriendo. La gente se está riendo. Cuando miro a mi alrededor, creo que se están riendo de mí, pero es a la chica con gafas a quien miran.

—¡Charlie! —llama alguien—. ¿No lo has visto? —Y luego—: Charlie..., ¿qué te pasa? ¿Hola?

El corazón me late rápido, muy rápido.

«¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo acordarme?»

—¡Charlie! —bufa alguien.

Miro a mi alrededor.

«¿Quién es Charlie? ¿Cuál de ellos es Charlie?»

Hay tantos chicos; rubios, de pelo revuelto, castaños, con gafas, sin gafas...

Entra un hombre con un maletín. Se sienta en la mesa.

«El profesor. Estoy en un aula, y ese es el profesor. ¿Instituto o universidad?», me pregunto.

Me levanto de golpe. Estoy en el sitio equivocado. Todo el mundo está sentado y yo estoy de pie... caminando.

—¿Adónde va, señorita Wynwood? —El profesor me mira por encima de las gafas mientras rebusca entre un montón de papeles. Los deja caer con fuerza sobre la mesa y doy un respingo. Debo de ser la señorita Wynwood.

—¡Tiene calambres! —grita alguien.

La gente se ríe. Siento que un escalofrío me sube por la espalda y me recorre los brazos. Se ríen de mí, pero no sé quiénes son.

Oigo la voz de una chica que dice: «Cállate, Michael».

—No lo sé —digo, oyendo mi voz por primera vez. Es demasiado aguda. Me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—: No lo sé. No debería estar aquí.

Se oyen más risas. Echo un vistazo a los posters de la pared, caras de presidentes dibujadas con las fechas debajo. «¿Clase de Historia? Instituto.»

El hombre (el profesor) inclina la cabeza hacia un lado como si yo acabara de decir una tontería.

—¿Y dónde iba a estar si no el día del examen?

—No... no lo sé.

—Síntese —dice.

No sé adónde iría si me fuera de aquí. Me giro para volver a mi sitio. La chica de gafas me mira fugazmente cuando paso junto a ella. Aparta la mirada casi con la misma rapidez.

Cuando me siento, el profesor empieza a repartir papeles. Camina entre las mesas, su voz, en un tono monótono y plano, nos dice qué porcentaje de nuestra nota final supondrá el examen. Cuando llega a mi mesa, se detiene con el ceño fruncido.

—No sé qué es lo que pretende. —Presiona la punta de su dedo índice gordo sobre mi mesa—. Sea lo que sea, estoy hartito. Un numerito más y la envío al despacho del director.

Me deja el examen delante con brusquedad y continúa avanzando por la fila.

No asiento, no hago nada. Intento decidir qué hacer. Decirle a toda la clase que no tengo ni idea de quién soy ni dónde estoy, o llevar al profesor a un aparte y decírselo en voz baja. Ha dicho que nada de numeritos. Miro el papel que tengo delante. La gente ya está inclinada sobre los exámenes, escribiendo.

Cuarta clase

Historia

SR. DULCOTT

Hay un espacio en blanco para el nombre. Se supone que debo poner el mío, pero no sé cómo me llamo. «Señorita Wynwood», me ha llamado.

¿Por qué no reconozco mi propio nombre? ¿Ni *dónde* estoy? ¿Ni *qué* soy?

Todas las cabezas están inclinadas sobre los papeles excepto la mía. Así que sigo sentada mirando fijamente al frente. El señor Dulcott me observa desde su mesa. Cuanto más tiempo permanezco sentada, más roja se le pone la cara.

El tiempo pasa y, sin embargo, mi mundo se ha detenido. Finalmente, el señor Dulcott se levanta y abre la boca para decir algo cuando suena el timbre:

—Dejen los exámenes en mi mesa al salir —dice mirándome fijamente.

Todo el mundo sale en fila. Me pongo de pie y los sigo porque no sé qué hacer. Mantengo la mirada fija en el suelo, pero puedo sentir su rabia. No entiendo por qué está tan enfadado conmigo. Ahora estoy en un pasillo con hileras de taquillas azules a ambos lados.

—¡Charlie! —llama alguien—. ¡Charlie, espera!

Un segundo más tarde un brazo se entrelaza con el mío. Espero que sea la chica con gafas, no sé por qué. No lo es. Pero ahora sé que soy Charlie. *Charlie Wynwood*.

—Te has dejado la mochila —me dice ofreciéndome una mochila blanca.

La cojo y me pregunto si dentro habrá una cartera con un carnet de conducir. Mantiene su brazo entrelazado con el mío mientras caminamos. Es más bajita que yo, tiene el pelo largo, oscuro y unos ojos marrones brillantes que le ocupan media cara. Es deslumbrante y preciosa.

—¿Por qué estabas tan rara antes? —pregunta—. Tírate los libros de la Gamba al suelo y luego te desmayaste.

Me llega su perfume, me resulta familiar y demasiado dulce, como un millón de flores disputándose mi atención. Pienso en la chica de gafas, en la expresión de su cara cuando se agachó a recoger los libros. Si los tiré yo, ¿por qué no me acuerdo?

—Yo...

—Es la hora de comer, ¿adónde vas? —Me lleva por otro pasillo dejando atrás a más alumnos.

Todos me miran... de reojo. Me pregunto si me conocen, y por qué yo no me conozco. No sé por qué no se lo digo a ella, o al señor Dulcott, o por qué no agarro a cualquiera y le

digo que no sé quién soy ni dónde estoy. Para cuando me planteo seriamente hacerlo, hemos atravesado la doble puerta del comedor. Ruidos y colores; cuerpos que tienen, cada uno, su propio olor, luces fluorescentes que brillan haciendo que todo parezca feo. «Ay, madre.» Me agarro la camiseta.

La chica que va de mi brazo no para de hablar. Andrew esto, Marcy lo otro. Le gusta Andrew y odia a Marcy. No sé quiénes son. Me lleva a la cola de la comida. Cogemos ensaladas y Coca-Cola Light. Luego deslizamos nuestras bandejas sobre la mesa. Hay gente que ya está sentada: cuatro chicos, dos chicas. Me doy cuenta de que completamos un grupo de números pares. A cada chica le toca un chico. Todos me miran expectantes como si tuviera que decir o hacer algo. El único sitio libre es junto a un chico de pelo oscuro. Me siento despacio con las palmas de las manos sobre la mesa. Dirige la mirada hacia mí y luego se inclina sobre la bandeja de comida. Veo unas diminutas gotas de sudor en su frente, justo debajo del nacimiento del pelo.

—Vosotros dos sois muy raritos a veces —dice una chica nueva, rubia, enfrente de mí. Me mira a mí y luego al chico junto al que estoy sentada. Levanta la vista de los macarrones y me doy cuenta de que solo está removiendo la comida en el plato. No ha probado ni un solo bocado, a pesar de lo ocupado que parece. Me mira y yo le devuelvo la mirada, después los dos miramos a la chica rubia—. ¿Ha pasado algo que debamos saber? —pregunta.

—No —decimos al unísono.

Es mi novio. Lo sé por la forma en qué nos tratan. De repente, me sonrío con sus dientes blancos y brillantes, y se acerca para pasarme un brazo por encima de los hombros.

—Estamos bien —dice, apretándome el brazo.

Yo me tenso automáticamente, pero cuando veo los seis pares de ojos mirándome, me inclino y le sigo el juego. Da

mucho miedo no saber quién eres, y da más miedo aún pensar que te puedes equivocar. Estoy aterrada, realmente muerta de miedo. Esto ya es demasiado. Si digo algo ahora pareceré... una *loca*. Su gesto cariñoso parece tranquilizar a todo el mundo. A todos excepto... a él. Continúan hablando, pero sus palabras se mezclan: fútbol, una fiesta, más fútbol. El chico que está sentado a mi lado se ríe y se une a la conversación sin que el brazo se separe de mis hombros en ningún momento. Lo llaman Silas. A mí me llaman Charlie. La chica de pelo oscuro y ojos grandes es Annika. Con el ruido me olvido de los nombres del resto.

Por fin ha terminado la comida y todos nos levantamos. Camino junto a Silas o, más bien, él camina junto a mí. No tengo ni idea de adónde voy. Annika me flanquea por el otro lado y entrelaza sus brazos con el mío mientras habla del entrenamiento de animadoras. Hace que sienta claustrofobia. Cuando llegamos a un anexo del pasillo, me inclino y le digo de forma que solo ella me pueda oír:

—¿Puedes acompañarme a mi próxima clase?

Su gesto se vuelve serio. Se aleja para decirle algo a su novio y luego volvemos a agarrarnos del brazo.

Me giro hacia Silas.

—Annika me va a acompañar a mi próxima clase.

—Vale —dice. Parece aliviado—. Te veo... más tarde. Se marcha en dirección contraria.

Annika se gira hacia mí en cuanto lo ha perdido de vista.

—¿Adónde va?

Me encojo de hombros.

—A clase.

Sacude la cabeza como si no comprendiera.

—No os entiendo. Un día estáis el uno encima del otro, y al día siguiente os comportáis como si no pudierais estar en la misma habitación. Tienes que tomar una decisión ya sobre él, Charlie.

Se detiene delante de una puerta.

—Yo me quedo aquí... —digo para ver si me dice algo. No dice nada.

—Lláname luego —contesta—. Quiero que me cuentes lo de anoche.

Asiento. Cuando desaparece en un mar de rostros, entro en el aula. Como no sé dónde sentarme, me dirijo a la última fila y me pongo junto a la ventana. Es pronto, así que abro la mochila. Hay una cartera metida entre un par de libretas y un neceser de maquillaje. La saco y, cuando la abro, descubro un carnet de conducir con la foto de una chica morena y radiante. *Yo.*

CHARLIZE MARGARET WYNWOOD
2417 HOLCOURT WAY,
NUEVA ORLEANS, Luisiana

Tengo diecisiete años. Mi cumpleaños es el 21 de marzo. Vivo en Luisiana. Observo la foto de la esquina superior izquierda y no reconozco la cara. Es mi cara, pero nunca la había visto. Soy... *guapa*. Solo tengo veintiocho dólares.

Los pupitres se van llenando. El que tengo al lado permanece vacío, como si todo el mundo tuviera miedo de sentarse en él. Estoy en clase de Español. La profesora es guapa y joven; es la señora Cardona. No me mira como si me odiara, como tantos otros hacen. Empezamos con los tiempos verbales.

«No tengo pasado.»

«No tengo pasado.»

A los cinco minutos de empezar la clase se abre la puerta. Entra Silas, cabizbajo. Creo que ha venido para decirme algo. Me preparo, dispuesta a fingir, pero la señora Cardona comenta en broma su tardanza. Toma el único sitio libre a mi lado y mira fijamente hacia el frente. Lo observo. No

le quito los ojos de encima hasta que, finalmente, gira la cabeza para mirarme. Una gota de sudor se desliza por su cara.

Tiene los ojos muy abiertos. Muy abiertos... *como los míos.*